

Maja Lunde

Historia de las abejas

Traducción del noruego de
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

 Siruela

Nuevos Tiempos

A Jesper, Jens y Linus

Tao

*Distrito 242, Sirón, Sichuan,
2098*

Cual pájaros contrahechos nos balanceamos cada una en nuestra rama, con un recipiente de plástico en una mano y un cepillo de plumas en la otra.

Subí trepando, despacio, con todo el cuidado de que era capaz. Aquello no se me daba muy bien: a diferencia de muchas de las otras mujeres del pelotón de trabajo, mis movimientos eran a menudo demasiado bruscos, me faltaban esa delicada motricidad y ligereza exigidas. Yo no estaba hecha para eso, y sin embargo tenía que estar allí doce horas al día.

Los árboles tenían ya una veintena de años. Las ramas, frágiles como cristal fino, crujían bajo nuestro peso. Yo me doblaba con cuidado, había que evitar dañar el árbol. Coloqué la pierna derecha sobre una rama aún más alta, luego la izquierda. Por fin encontré una postura de trabajo segura, incómoda, pero estable. Desde allí alcanzaría hasta las flores de más arriba.

El pequeño recipiente de plástico estaba lleno del ligerísimo oro, pesado con precisión y repartido entre todas nosotras al comienzo de la jornada laboral, exactamente la misma cantidad para cada una. De un modo ingrátido intentaba llevar cantidades invisibles desde el recipiente hasta los árboles. Cada flor tenía que ser polinizada con el minúsculo cepillo de plumas de gallina, fabricado tras una investigación justo para este fin. Ninguna pluma artificial había mostrado ser ni la mitad de eficaz. Se había probado una y otra vez porque no teníamos prisa, en nuestro distrito la tradición tenía más de cien años. Aquí las abejas habían desaparecido ya en la década de 1980, mucho antes del Colapso, las mataron los insecticidas. Unos años más tarde, cuando estos dejaron de emplearse, las abejas volvieron, pero para entonces ya se había puesto en marcha la polinización manual. Los resultados mejoraron, aunque requería una gran cantidad de personas, muchísimas manos. Y entonces, cuando

se produjo el Colapso, mi distrito tenía una ventaja en competencia. A nosotros nos había resultado rentable ser de los que más contaminaban. Éramos un país pionero en contaminación, razón por la que nos convertimos en un país pionero en polinización manual. Una paradoja nos había salvado.

Aunque me estiré todo lo que pude, no llegaba a la flor de más arriba. Estaba a punto de darme por vencida, pero como sabía que podían penalizarme, lo intenté una vez más. Nos reducían el sueldo si gastábamos el polen demasiado deprisa, y también si gastábamos demasiado poco. El resultado del trabajo era invisible. Cuando al final de la jornada nos bajábamos de los árboles, no había nada que diera cuenta de nuestro esfuerzo, salvo las cruces de tiza roja en los troncos de los árboles, a poder ser unas cuarenta al día. Hasta la llegada del otoño, en que los árboles estaban repletos de frutos, no se veía con claridad dónde se había hecho un buen trabajo. Pero para entonces nosotras ya hacía tiempo que habíamos olvidado quién había polinizado qué árboles.

Ese día me habían colocado en el sector 748. ¿De cuántos? No lo sabía. Mi grupo era uno de cientos. Con los monos de trabajo color beis éramos tan homogéneas como los árboles. Y estábamos tan cerca las unas de las otras como las flores. Nunca solas, siempre en grupo, arriba en los árboles o andando por los surcos de un sector al siguiente. Únicamente se nos permitía estar solas entre las paredes de nuestras pequeñas casas unas pocas horas al día. Por lo demás, toda nuestra vida transcurría allí.

Reinaba el silencio. No se nos permitía hablar mientras trabajábamos. Lo único que se oía eran nuestros cuidadosos desplazamientos por los árboles, un carraspeo por lo bajo, algún que otro bostezo, la tela de la ropa de trabajo rozando contra el tronco. Y algunas veces ese sonido por el que todas habíamos llegado a sentir aversión: una rama que crujía, o, en el peor de los casos, que se rompía. Una rama rota significaba menos frutos y una razón más para reducirnos el sueldo. Por lo demás, los únicos ruidos que se oían eran los producidos por el viento al pasar por entre las ramas, al barrer las flores o al deslizarse por la hierba del suelo.

Soplaba desde el sur, desde el bosque, oscuro y salvaje, azotando los frutales de flores blancas que aún estaban sin follaje. Al cabo de unas semanas el bosque sería una frondosa pared verde. Nunca nos internábamos en él, no teníamos nada que hacer allí. Pero ahora corrían rumores de que también el bosque sería arrancado y replantado.

Una mosca venía zumbando de allí, algo poco corriente. Hacía días que no veía un pájaro, también había cada vez menos. Cazaban los pocos insectos que quedaban, y pasaban hambre, como el resto del mundo.

Pero entonces un sonido cortante rompió el silencio. El silbato del barracón de la dirección, el que señalaba la segunda y última pausa de la jornada. De repente me di cuenta de lo seca que tenía la boca.

Mis compañeras de trabajo y yo bajamos deslizándonos de los árboles al suelo. Ellas ya se habían puesto a charlar, ese balbuceo cacofónico que se encendía como con un interruptor en cuanto sabían que estaba permitido.

Yo no dije nada, me concentré en bajar lentamente, en llegar abajo sin romper ninguna rama. Lo conseguí. Pura suerte. Era torpe, patosa, y ya llevaba allí el tiempo suficiente como para saber que jamás llegaría a ser verdaderamente buena en aquel trabajo.

En el suelo, junto al árbol, estaba la botella de agua de metal arañado. La cogí y bebí a toda prisa. El agua estaba templada. Sabía a aluminio, el sabor me hizo beber menos de lo que necesitaba.

Dos jóvenes vestidos de blanco del equipo de Nutrición repartieron rápido las cajas recicladas que contenían la segunda comida del día. Me senté sola, con la espalda apoyada en el tronco del árbol y abrí la mía. Ese día el arroz estaba mezclado con granos de maíz. Probé un poco. Como siempre demasiado salado, condimentado con chile y soja artificialmente producidos. Hacía mucho tiempo que no probaba la carne. El forraje para animales requería demasiado campo cultivado. Y gran parte del forraje tradicional requería polinización. No valía la pena dedicar nuestro minucioso trabajo manual a los animales.

La caja se vació antes de que me hubiera saciado. Me levanté y la devolví a la cesta de recogida. Luego empecé a moverme. Tenía las piernas cansadas, también entumecidas de estar tanto tiempo encogida subida en los árboles. Me bullía la sangre, no era capaz de mantener el cuerpo quieto.

Pero de nada sirvió. Eché una mirada rápida a mi alrededor. Nadie de la dirección estaba atento. Me tumbé rápidamente en el suelo para estirar la espalda, que me dolía muchísimo.

Cerré por un instante los ojos, intentando reprimir las voces de las demás mujeres del equipo. Prefería escuchar cómo el balbuceo subía y bajaba de nivel. ¿De dónde venía esa necesidad de hablar tantas a la vez? Ellas lo hacían desde niñas. Horas y horas de con-

versaciones en grupo en las que el tema era siempre un mínimo común múltiplo y en las que nunca se profundizaba en nada. Excepto tal vez cuando la persona de la que se hablaba no estaba presente.

Yo prefería conversar con una sola persona. O estar sola. En el trabajo casi siempre esto último. Y en casa tenía a Kuan, mi marido. Ciertamente no eran nuestras largas conversaciones lo que nos unía. Las referencias de Kuan eran de aquí y ahora, él era un hombre concreto, no anhelaba conocimientos. En sus brazos yo encontraba la paz. Y teníamos a Wei-Wen, nuestro hijo de tres años. De él sí podíamos hablar.

Justo cuando estaba a punto de quedarme dormida con el baluceo, este cesó de repente. Todas se habían callado.

Me incorporé. Las demás mujeres del equipo habían vuelto la cara hacia el camino.

El séquito venía bajando por los surcos hacia nosotras.

No tenían más de ocho años, algunos me sonaban del colegio de Wei-Wen. Todos vestían igual, los mismos trajes sintéticos color beis que llevábamos nosotras. Se acercaban lo más rápidamente que les permitían sus cortas piernas. Dos monitores adultos los controlaban. Uno delante y otro detrás. Los dos tenían potentes voces que corregían sin parar a los niños. Pero no regañaban, les transmitían los mensajes con afecto y compasión. Porque aunque los niños no fueran del todo conscientes de adónde los llevaban, los adultos sí lo eran.

Los niños iban cogidos de la mano en parejas desiguales, los más altos con los más bajos, los mayores se ocupaban de los más pequeños. Un paso irregular, desorganizado, pero siempre cogidos de la mano, como si las tuvieran pegadas. Tal vez les habían pedido que no se soltaran.

Sus miradas se posaron sobre nosotras, sobre los árboles. Curiosos, algunos nos miraban con los ojos entornados y las cabezas inclinadas. Como si estuvieran allí por primera vez, aunque todos se habían criado en el distrito y no conocían otra naturaleza que la de las filas interminables de árboles frutales, en contraste con la sombra del bosque cubierto de vegetación al sur. Una niña bajita se me quedó mirando con sus ojos grandes, algo juntos. Parpadeó un par de veces, luego sorbió por la nariz con fuerza. Llevaba de la mano a un niño delgado, que bostezó ruidosamente, sin taparse la boca con la mano libre, inconsciente por completo de que su cara se convirtió en una gran boca abierta. No bostezó como para expresar aburrimiento, era demasiado joven para eso, era la falta de comida lo que

le producía cansancio. Una chica alta y esbelta llevaba de la mano a un niño pequeño que respiraba con dificultad por la nariz congestionada, y tenía la boca abierta. La chica tiraba de él mientras levantaba la cara hacia el sol, con los ojos entornados y la nariz arrugada, pero siempre con la cabeza en la misma postura, como para ponerse morena o tal vez recobrar fuerzas.

Cada primavera llegaban niños nuevos. Pero ¿solían ser tan pequeños? ¿No eran cada vez más jóvenes?

No. Tenían ocho años. Como siempre. Con el colegio ya terminado. Aunque colegio... Bueno sí, aprendían los números y algunas letras, pero, por lo demás, el colegio no era más que una forma de almacenaje regulado. Almacenaje y preparación para la vida de fuera. Entrenamiento para pasarse mucho tiempo sentado. «Quedaos quietos, sentados. Completamente quietos, eso es». Y tareas de motricidad extrema. Anudaban alfombras desde los tres años. Sus pequeños dedos eran perfectos para diseños elaborados. De la misma manera que ahora eran perfectos para el trabajo de aquí fuera.

Los niños pasaron por delante de nosotras y volvieron la cara al frente, hacia otros árboles. Luego siguieron andando hacia otro campo. El niño desdentado iba dando traspiés, pero la chica alta lo llevaba agarrado para que no se cayera.

Los niños desaparecieron un poco más delante, hundiéndose entre los árboles.

—¿Adónde van? —preguntó una mujer de mi equipo.

—Seguro que al 49 o al 50 —contestó otra—. Nadie ha empezado allí todavía.

Sentí una opresión en el pecho. No importaba adónde se dirirían, ni a qué campo. Lo importante era a qué iban...

En el barracón sonó el silbato. Volvimos a trepar a los árboles, yo me movía despacio, pero el corazón me latía con fuerza. Porque los niños no eran más jóvenes este año. Yo pensaba en Wei-Wen... dentro de cinco años tendría ocho. En solo cinco años le tocaría a él. Las manos trabajadoras tenían más valor aquí que en ningún otro lugar. Los pequeños dedos ya estaban adaptados para este tipo de trabajo.

Niños de ocho años aquí, día tras día, cuerpecillos entumecidos, ni siquiera se les permitía tener una infancia, como se nos había permitido a mí y a los de mi edad, nosotros fuimos al colegio hasta los quince años.

Una no-vida.

Me temblaban las manos mientras levantaba el recipiente con el valioso polvo. Nos decían que todos teníamos que trabajar para procurarnos comida, para cultivar la comida que nosotros mismos comeríamos. Teníamos que contribuir todos, incluso los niños, porque ¿quién necesita educación cuando merman los depósitos de cereales? ¿Cuando las raciones son cada vez más pequeñas? ¿Cuando hay que acostarse con hambre cada noche?

Me di la vuelta para llegar a las flores de detrás de mí, pero esta vez mis movimientos fueron demasiado bruscos. Rocé una rama sin querer, y perdí de repente el equilibrio, recostándome pesadamente hacia el otro lado.

Eso fue suficiente. Se produjo aquel sonido quebradizo que habíamos llegado a odiar. El de una rama que se rompía. La supervisora vino rauda hacia mí. Miró al árbol, evaluando los daños, sin decir nada. Apuntó algo en una libreta a toda prisa y volvió a marcharse.

La rama no era ni larga ni fuerte, pero yo sabía que todos los beneficios de ese mes se esfumarían. El dinero destinado a la lata del armario de la cocina, donde ahorrábamos cada yen que nos sobraba.

Suspiré. No debía pensar en ello. No podía hacer otra cosa que seguir. Levantar la mano, meter el cepillo en el polen, moverlo con cuidado hacia las flores, rozarlas como si yo fuera una abeja.

Evité mirar el reloj. Sabía que no servía de nada. Lo único cierto era que con cada flor que rozaba con el cepillo, la tarde estaba un poco más cerca. Y también esa única hora que disfrutaba cada día con mi hijo. Esa hora era todo lo que teníamos, y en esa hora yo a lo mejor podría aportarle algo diferente. Sembrar una semilla que le proporcionara esa posibilidad que yo nunca había tenido.